

# Planificación educativa, violencia programada

José María Vinuesa

Catedrático de Filosofía de I. E. S.

De vez en cuando, de modo intermitente, ocurren episodios de la denominada «violencia escolar», sucesos en los que uno o varios adolescentes —alumnos o ex-alumnos de un Instituto o Colegio— acuden a su Centro docente con el deliberado —pretendido y hasta rumiado— propósito de provocar una carnicería entre sus compañeros y profesores. Provistos de un armamento inverosímil, en estado de completa sobriedad, sin haber ingerido droga alguna ni mediar reacción airada, apasionamiento o cualquier otra explicación atenuante (para ellos y, sobre todo, para las conciencias de las buenas gentes), irrumpen en el recinto académico y ejecutan un plan estudiado minuciosamente, en detalle, durante meses. No es irrelevante que en tales planes —conocidos después por los diarios de los autores del masivo asesinato— figure nítida, explícita, permanente, la posibilidad de rematar la acción con el suicidio.

Las explicaciones de estos sangrientos y reiterados sucesos son tan variadas que sería difícil clasificarlas. Si tienen alguna característica en común sería la de culpar a agentes colaboradores ocasionales o cooperadores accidentales,

sin entrar en el fondo del problema. Una porción relevante de los actos violentos últimamente acontecidos han surgido en América del Norte. Es muy ilustrativa la explicación que daba un muchacho canadiense sobre un luctuoso suceso acaecido en su Escuela: «Aquí estas cosas no pasan. Nunca han pasado. No deberían pasar. Lo malo es que vemos continuamente las emisoras de T.V. de los EE. UU. y allí esto es habitual».

Si en Canadá resulta factible culpar al mimetismo respecto a la juventud del vecino país (U.S.A.), en los Estados Unidos la culpabilidad se ha asignado según patrones de adscripción ideológica: la derecha ha señalado a Hollywood y a la repugnante violencia de sus películas; la izquierda, por su parte, mira hacia el *lobby* que defiende el derecho constitucional a llevar armas de fuego, la Asociación Nacional del Rifle (N.R.A.).

No está, desde luego, en mi ánimo negar la influencia de estos factores, sino marcar su carácter no esencial. La trivialización de la violencia exhibida en muchas producciones cinematográficas y seriales televisivos se debe considerar conjuntamente, en el área audiovisual, con los videojuegos que realizan una similar o superior consa-

gración de la fuerza despiadada, la crueldad y la ferocidad «humanas». Pero el recurso explicativo al mimetismo (otra vez el mimetismo) no termina de justificar por qué se imitan más unas actitudes que otras y por qué se imitan algunas más ahora que hace unos años. (Ni los ejemplos audiovisuales inductores a la violencia son los únicos paradigmas que muestra el cine ni escaseaban tampoco en EE. UU. hace un par de décadas; la diferencia es de grado).

Cómo podría ignorarse, por el otro lado, el nefasto influjo de los cerca de tres millones de afiliados de la N.R.A. ni, aún menos, el impacto de los 200 millones largos de armas de fuego en manos privadas (sobre 270 millones de habitantes). Pero para explicar que, en promedio, cada día mueran en EE. UU. 13 chicos menores de 19 años me parece que no basta el que existan abundantes medios para matar. Las armas de fuego sólo tienen un significado preciso para quienes han elaborado proyectos que las requieren. (Numerosos ciudadanos conservan un arma —que apenas sabrían hacer funcionar— lo mismo que tienen un equipo generador autónomo: «por si un día hace falta»). No obstante, las acciones humanas ne-

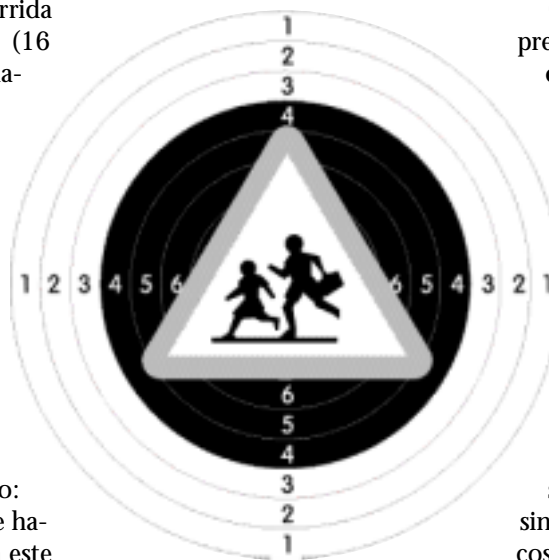
cesitan motivaciones, antes que y además de medios. En todo caso, algo tendrá que ver la cultura —y su transmisión mediante el sistema educativo— en cuanto configuradora de la personalidad básica de los jóvenes criminales, aparte del mimetismo inductor y la facilitación de medios para la ejecución de proyectos previamente trazados (a veces, durante largos meses).

Un muchacho de 13 años fue detenido en California (el 30/04/99), cuando se disponía a causar una matanza similar a la ocurrida en Denver el día 20 anterior (16 muertes). Ciertamente, el chaval era portador de una metralleta con trece cargadores. Pero también llevaba encima 30 pequeñas fichas, en cada una de las cuales constaba el nombre de uno de los compañeros o profesores que estaba a punto de convertir en sus víctimas. En todas las fichas, a modo de sentencia, había repetido machaconamente el mismo veredicto: «Merece morir». Seguramente habrá quien crea que desarmar a este chico es suficiente para acabar con el problema o, por decirlo en otros términos, supondrá que se le «desarma» con sólo quitarle la metralleta.

Desde la perspectiva de un docente, se despierta un sentimiento de gratitud hacia todos aquellos que pretenden explicar la violencia escolar por razones periféricas: son muy generosos. Al parecer, no reparan en que los altercados y actos violentos que suceden en torno a los bares de copas deben tener alguna relación con los productos que se facilitan en esos establecimientos. Eludir un análisis del factor «**escolar**» en la denominada (con rigor) violencia escolar es renunciar a parte sustancial de la etiología real del fenómeno: el sistema educativo, cuyos valores de referencia reproducen y exacerb

los del sistema económico y social, tanto en EE UU como en España.

Un perfil pertinaz entre los alumnos autores (consumados o frustrados) de asesinatos de compañeros y/o profesores es su condición de fracasados y descalificados por la institución académica (expulsados o, al menos, evaluados negativamente) y, sobre todo, marginados por sus compañeros como derrotados («apestados» para el grupo de triunfadores).



Es recurrente buscar un perfil ideológico-fanático que justifique el móvil de los asesinatos. Pero los hechos son tozudos; en Denver, por ejemplo, los 2 verdugos finalmente autoinmolados mataron a compañeros negros «sólo por ser negros», pero también mataron a otros por practicar deporte y no sólo por ello, sino precisamente por hacerlo de modo sobresaliente. ¿Qué prejuicio «racista» (nazi, se dijo) explica que 2 alumnos blancos maten a otros igualmente blancos, elegidos por ser triunfadores donde ellos han fracasado?

Tal vez haya que recordar que la hipercompetitiva sociedad americana educa a las jóvenes generaciones para triunfar tanto y tan pronto como puedan. Ya desde los

Institutos, la ambición del éxito y su indisimulada persecución impregna todos los actos y decisiones. El éxito, a estas edades, puede ser **académico** (precursor de futuras conquistas profesionales y «ganancias» considerables); **deportivo**, ya que en este terreno es donde la competencia se expresa del modo más crudo, haciendo aflorar al auténtico vencedor; y, finalmente, **social**, de liderazgo en las pandillas o grupos juveniles a los que los jóvenes pertenezcan.

Como la educación se orienta a preparar a **todos** los alumnos, a **cada uno** de ellos, cualquiera sean sus aptitudes, para ganar, aventajar y sobresalir, contiene tanto medios adecuados para ello como, sobre todo, el imperativo cuasirreligioso de batir y derrotar a otros, de rendirles y dominarles. (Obviamente, la ideología del sistema habla de vencer las dificultades y superar los problemas y adversidades, pero no se puede aspirar a la excelencia sin sobresalir, no respecto a las cosas, sino a las personas; todos los demás a los que hay que derrotar, para ir trepando sobre ellos).

Al imbuir estos «ideales» en los alumnos, el fracaso de muchos de ellos está predeterminado. Pero fracaso en el sentido etimológico (de «fracasare», romperse, hacerse pedazos, desmoronarse una cosa), con la radicalidad de la completa ruina de las ambiciones y expectativas, de la calamidad o desastre que implica el hundimiento de todas las ensoñaciones de la juventud.

Si los acontecimientos, la condición personal, la fortuna o cualquier otra circunstancia privan al presunto triunfador, ahora fracasado, del éxito que esperaba, haciendo que se malogren sus ilusiones, su frustración es inevitable. Pero ver frustrarse los propósitos, con la consiguiente reacción penosa en el ánimo, le engendra desilusión y

desengaño, fruto de las amargas lecciones de la vida.

Al desencanto y la desazón que le produce el fracaso objetivo — ser un perdedor, un derrotado, un paria, sobre un suelo reservado para los triunfadores— se une el resquemor por la actitud de los compañeros (antiguos competidores y hoy vencedores) ante su caída y desventura. La decepción por el desmantelamiento de sus proyectos cede se pospone al despecho con el que ha de reaccionar frente a la crueldad inmisericorde de los triunfadores.

No podemos olvidar que los jóvenes asesinos son, con frecuencia, genuinos perdedores en los dos terrenos generadores primarios del éxito; el académico y el deportivo. Ni tampoco es posible ignorar que —seguramente a causa de su condición de fracasados— son jóvenes solitarios a la fuerza, tras haber sido rechazados por su grupo. Los efectos anímicos del despecho percibido y la segregación provocada por la exclusión o expulsión del grupo son aún peores que los del fracaso en sí. Porque esta nueva pérdida, la del prestigio social y aun del afecto y respeto de los compañeros, multiplica los efectos devastadores de la mala fortuna de sus pretensiones. Para no hacer más tenebroso el cuadro, omitiré especular sobre las relaciones de estos jóvenes derrotados con sus padres, quienes seguramente fueron los más fervorosos creyentes en sus posibilidades, los más ambiciosos «managers» y, a la postre, los más decepcionados y proclives a repeler y aún negar al hijo que «les» ha fallado. Baste considerar que mucha de la ansiedad (angustia ocasional) de los hijos viene motivada por la inseguridad de los padres sobre su propio status y por la utilización de esos hijos para intentar consolidarlo.

No es difícil imaginar qué tipo de sentimientos puede albergar un

adolescentes en estas circunstancias. De ahí el veredicto: «Merece morir», lanzado casi como epitafio para cada uno de aquellos que él considera culpables de su situación. Tal vez los dos sentimientos predominantes, dadas las circunstancias apuntadas como antecedentes y los datos aportados por las informaciones, sean el resentimiento (*ad extra*) y la desesperación (*ad intra*).

En cuanto al resentimiento, sin llegar a afirmar que el agravio y enojo iniciales deban reputarse legítimos, tampoco se puede asegurar que resulten gratuitos. Pero el «re-sentir», una y otra vez, la tristeza y el dolor del desaire, del desdén y de la excomunicación, no presagia razonables y pacíficas decisiones.

Respecto a la desesperación, pienso que la educación recibida por esos adolescentes, los valores que se les han transmitido y el agudo contraste con su situación objetiva enmarcan las circunstancias objetivas optimas para su aparición. No hablo sólo de la falta de esperanza de obtener los bienes que se han deseado —y aún se desean—, sino de una efectiva reacción contra esos bienes, que juzgan inasequibles, pese a la necesidad que de ellos sienten. Como no es posible alzarse contra el «trunfo», en abstracto, es comprensible la reacción contra los triunfadores concretos, sobre todo si son ellos mismos quienes les han vencido.

Si he criticado el monismo etilógico en estos asuntos, no quisiera incurrir en otro, de distinto signo. No pretendo que el sistema educativo (transmisor, al fin, de la estructura social y su implacable presión) sea el único culpable de la violencia escolar. Sólo afirmo que debe revisarse su papel. La educación —por mandato social— prescribe al adolescente pautas de conducta que no quedan circunscritas a marcarle los valores y criterios de

actuación propios de su rol, sino que le programan también para la interacción con sus padres, profesores y compañeros. Cuando el drama desencadenado termina con la muerte efectiva de muchos actores y con la desesperación y suicidio de los protagonistas, parece frívolo no volver la vista hacia el sistema educativo que, en algún grado y en cierto sentido, ha sido el guionista de esa tragedia.

En su *Ética a Nicómaco* (III, 3; 11 12b), dice Aristóteles: «*Por lo demás, no deliberamos acerca de los fines a alcanzar, sino sobre los medios de alcanzar estos fines*». La falta de discusión racional sobre los fines de la educación, sustituida por la deliberación ramplona y tecnocrática acerca de los medios idóneos para alcanzar determinados fines sociales, tenidos por indiscutibles, puede producir efectos muy desafortunados.

En suma, por utilizar terminología de la Escuela de Frankfurt, frente a la habitual **razón instrumental** —que se ocupa sólo de los medios— aplicada sobre la educación, hay que defender y ejercitar la **razón objetiva**, que se encamina a la consecución de los grandes ideales humanos de justicia y libertad, así como de fines subordinados resultantes de enjuiciamientos práctico-morales y no de la inercia que nace en la competitividad y el consumismo. Terminaré con una tesis atrevida: si se hubiese educado a los jóvenes asesinos para el pleno desarrollo de su personalidad, en vez de prepararles como autómatas trepadores, haciéndoles creer que sin el éxito (en los estudios, el deporte, la profesión, la posición económica, las relaciones personales...) no tiene sentido alguno la propia vida, no habrían sucedido muchos de esos crímenes. Tengamos, pues, una póstuma compasión (ciertamente tardía) por los verdugos, reconociéndoles también su complementario papel de víctimas.